

SECCIÓN HISTÓRICA

CHARLAS ACADÉMICAS¹

ISIS Y SERAPIS EN LA ESPAÑA PAGANA: PREANUNCIOS DE DOCTRINAS Y DE VIRTUDES CRISTIANAS

DE dioses egipcios de la Antigüedad, monumentos escultóricos subsisten en España; unos pocos, pero sí algunos de ellos, de hallazgos en la misma España, demostrativos del arraigo entre españoles de la Antigüedad, de alguno de los cultos egipcios, el de Isis, desde luego, es decir, de la diosa egipcia que tuvo más devotos en la Roma imperial, y de cuya religiosa devoción fué el Emperador español Adriano muy entusiasta protector, fuera él o no fuera un devoto del culto misterioso y místico: precursor en algún modo que es el tal culto (con el de Osiris y el de Serapis), de unos no insignificantes temas de las creencias sacras del Cristianismo: ... por una parte, precedentes de nuestros dogmas del Juicio Final y de los Novísimos o Postrimerías; por otra, precedentes de los emocionantes dogmas nuestros de la devoción mariana, aun de la misma Maternidad virginal de María, Madre de Dios. Y desde luego, enfrentándose los españoles paganos de lejanos siglos, y todavía dentro de los paganismos, con aquella religión pagana, la isíaca, la más seria, más moralizadora: y la más saturada de Ética, la más reformadora de hábitos y de costumbres censurables, para los cuales era

¹ Charla, no charlada todavía: al entrar en vacaciones.

condescendiente, cuando no era colaborador tantas veces, el Paganismo estrictamente grecorromano.

En el Museo de Mérida, de allí sacada, hay una cabeza de Serapis, indiscutible, reproducida por Gómez-Moreno-Pijoán, f.º 27. En Madrid mismo (donde tan escasos restos monumentales de la época romana se hallaron), tenemos una cabeza algo destrozada, de un dios barbudo, que (con dudas, no salvadas) es lo más probable que sea del mismo dios Serapis, el que (sustitutivo del dios Osiris, desde los Ptolomeos) va unido, cual esposo, a la diosa Isis. Procede la tal cabeza (único mármol de la Antigüedad desenterrado aquí) de la villa romana, hace pocos años descubierta (y bien luego arruinada) junto al río Manzanares y junto a la carretera de Andalucía (en término municipal de Villaverde Bajo): bien cerca de los ensanches de Madrid (barrio de Usera, etc.) y aguas abajo del puente de la Princesa Mercedes. Igual hipótesis probabilísima, de Serapis, ofrece una cabeza en estela de Astapa (Tajo Montero).

Pero, ya con carácter absolutamente indiscutible, el Museo de Valladolid y el de Burgos tienen dos sendas incompletas estatuas de la diosa Isis: la de Valladolid, desenterrada en el mismo subsuelo urbano de la ciudad, y la de Burgos, en el de la romana Clunia (cerquita de Coruña del Conde), en la parte oriental de la provincia burgalesa.

El Museo del Prado tiene una estatua completa (pero completa por restauraciones, discutibles) de la Isis egipcio-romana: que es, precisamente, la que me ha llevado al estudio del tema, que ahora desarrollo por escrito, después de haberlo tratado oralmente en alguna o algunas de mis conferencias de mis miércoles del Prado. Pero la tal noble estatua egipcio-romana no procede sino de Italia, y allá se la restauró de brazos y manos y lo que las manos llevan; fué de la Colección de la Reina Cristina de Suecia. Adquirida por Felipe V y su esposa Isabel Farnesio, pasó la estatua a nuestra península, primero tenida, secularmente, en La Granja, y de tal Real Sitio, en el siglo XIX, llevada al Museo de Madrid. No nos sirva, pues, de testi-



La Isis hallada en Valladolid (en su Museo).
(Lám. XXIX, *Materiales* de Gómez-Moreno-Pijoán)
Mármol espejuelo grueso (1-53, lo subsistente.)
[Similar, otra descubierta en Reina, Badajoz: ¡no citada en
el texto, ni en el mapita!]

monio, del por los otros casos indiscutible asiento del culto de Isis en la Hispania Romana.

En esta península, «en esta» *Provincia* (algo como la provincia primogénita de Roma), no dejó de infiltrarse otro culto egipcio, pues en el Museo de Tarragona vemos, en gran disco dentro de un (fragmentado) conjunto arquitectónico, una plenamente clásica cabeza en relieve, tamaño colosal (medio metro de alta) del dios egipcio Ammon: Júpiter-Ammon, con sus retorcidos cuernos de carnero, con enfurruñados rizos en tupé y barbas, obra clásica que Poulsen cree de la época neroniana o de la flavia, y seguramente que procede de la parte externa del grandioso templo de Júpiter-Ammon, que acompañaba (en lo más alto de la ciudad, cabecera ésta de la Hispania) al templo de Augusto. Pero, egipciaco también el culto romano del Júpiter-Ammon, no tiene el carácter de profunda religiosidad, que diremos íntima y ética, que tuvo el culto de Isis con todos sus «misterios». Es el de Júpiter-Ammon otro de los cultos esencialmente externos, aparatosos y políticos, cuando fué muy íntimo y muy personal el culto de Isis.

Precisamente cuando el templo tarraconense de Júpiter-Ammon se edificaba por Augusto y se ultimaba por Tiberio (acabóse el año 15 de nuestra Era), luchaban todavía los primeros Emperadores, y con energía, contra la invasión en el occidente de los cultos y la misteriosa religiosidad Isíaca: la que presentábase como cosa muy distinta de la religión política y oficial del paganismo. El templo de Tarragona estaba en lo alto de la Aerópolis, junto al gran templo del divinizado Octavio Augusto, el primer caso, éste, de culto imperial en todo el Imperio.

En contraposición, recuérdese la oposición al culto místico e íntimo a Isis de los primeros Emperadores romanos. A la victoria definitiva (*Actium*) de Octavio sobre el otro triunviro Antonio y sobre Cleopatra, Reina de Egipto, siguió la conquista y dominación de Augusto sobre el Egipto, inaugurándose con él la «Dinastía» XXXII. Augusto (en solo el Egipto y sin posible intervención allí del Senado y el pueblo romanos) era soberano y señor de Egipto, tras-

mitiendo, ya familiar y como testamentariamente, esa propiedad, que hay que llamarla propiedad de familia: Tiberio será luego su hijo adoptivo, y así sucesivamente (y siglo tras de siglo), por todo el resto de la Edad Antigua.

Como antes los macedonios Ptolomeos, los romanos Augustos respetaron y como acariciaron en Egipto la arraigadísima religión del país. La cartela jeroglífica nos da todavía en tantos monumentos, o restauraciones u obra nueva, el nombre del Emperador: «imperator» y «Augusto» en Roma y en el resto del Imperio romano, pero en Egipto, un Faraón más, unos nuevos, aunque ausentes Faraones. Era el Egipto la provincia más rica, acaso la más poblada; pero desde luego, y por cuatrocientos años, fué la más pacífica. La más pacífica y la más religiosa: la más hondamente devota.

A la vuelta del Egipto, Octavio Augusto, persona de racial espíritu de estricto romano, vió con muy mala voluntad que sus veteranos de aquellas campañas volvían del Egipto seducidos muchos por el misterio y la profundidad de la emoción religiosa del culto de Isis, el que antes, bajo los Ptolomeos y con el de Osiris hecho Osiris Serapis, había alcanzado a ganar las adhesiones más vivas del espíritu milenariamente religioso de los egipcios. Bajo Augusto, y más bajo Tiberio, sufrió en el Occidente resistencia imperial, oposición y como (ineficaz) persecución, el culto de Isis, culto siempre misterioso, reservado, no al público tenido: aun luego y siempre, nó a la calle y a la plaza, nó visible siquiera el santuario misterioso.

Véase el plano del templo de Isis en Pompeya (por mí repetidas veces visitado), y dentro de muros oculto, y en el centro del amplio claustro columnario, de veinticinco columnas, es donde está, tetrástilo, el no grande templo, y con (fuera del patio) sala o salas más grandes que el mismo. Todo como semiescondido dentro de la manzana de los dos teatros, a la mismísima espalda del grande, de cinco mil espectadores éste, y descubierto.

Ya Calígula (el tercer emperador) cedió en las resueltas resistencias, y así los Emperadores sucesores suyos. El di-



La Isis de Clunia (Coruña del Conde) en el Museo de Burgos
Mármol espejuelo (1 metro). Siglo II (?) d. de C.

cho templo de Isis, de Pompeya, fué reconstruído después del terremoto del año 63; pero al menos, en general, en la Campania, ella tan helénica, ya por el siglo II antes de Cristo, se había extendido la religión isíaca. Desde Calígula hasta los Emperadores cristianos no hubo ya la menor oposición a los cultos isíacos, salvo unas decisiones enérgicas, pero ineficaces, del emperador «filósofo» Marco Aurelio.

De ninguno de los Emperadores intermedios se puede suponer mayor entusiasmo (fuera entusiasmo estético, más que político o que religioso) que el que los monumentos nos demuestran del español Adriano, el 14º de los Césares.

Sin que podamos hablar en manera alguna de exclusivismo, Adriano tuvo por lo isíaco una predilección, una otra (entre muchas) de sus predilecciones.

No hay como haber estudiado y visitado la Villa Adriana de Tívoli (la reina de todas las villas del mundo), y ante su magnífica colosal maqueta, en Roma (Exposición del Centenario de Augusto), haber dado como yo repetidas conferencias, para guardarme mucho de hablar de nada que parezca exclusivismo en la magnanimidad de Mecenas del Emperador Adriano. Pero en la inmensa Villa Adrianea hubo suyo un templo de Isis, y además, en la ciudad de Roma, Adriano restauró y embelleció el Iseo ya histórico, el «campense»; y fuera de muros, además, edificó otro cerca de la Porta-Maggiore, y allí elevó también un nuevo sepulcro-cenotafio a su joven y entrañablemente amado Antinóo, tan llorado a su muerte prematura: el obelisco. egipcio de verdad, que hoy (desde principios del siglo XIX) orna el Pincio de Roma (el paseo romano por excelencia), es uno de los dos (perdido el otro) que adornaban el dicho cenotafio de Antinóo. Finalmente, en una de las dos Salas Mayores del Museo «Egiziano» del Vaticano, preside (procedente de la dicha Villa de Tívoli) la estatua colosal, egipcia (egipcia, romanizada), del dicho Antinóo con la ligera indumentaria egipcia (el «klast» de la cabeza y el «esquenti» de las caderas), y toda ella cual personaje egipcio en su actitud, ya que no en la mayor hermosura de la cabeza y de todo el soberbio desnudo.

Adriano fué el único Emperador romano que visitó absolutamente todas las provincias del Imperio, y fué antes, bajo Trajano y bajo de él, cuando se alcanzó el máximo, ya luego perdido, en el perímetro inmenso del Estado romano. Mas no cabe pensemos en estancia del Emperador Adriano en nuestra Península, tal como suponerle, tampoco, fautor en el asentamiento en España del religioso culto de Isis, culto de reservado espíritu y de ritos no públicos, con recato de intimidad, la propia de los misterios. Religiosamente, no es el caso de nuestro Adriano, en manera alguna, comparable al de aquel emperador romano Heliogábalo, o al de aquel Faraón egipcio Amenhotep IV (1375 a 1378), que quisieron y que no lograron imponer una Divinidad, intentando quebrantar uno y otro las pluralidades excesivas del politeísmo. Adriano, esteta (en el mejor sentido de la palabra, aunque también en el no mejor), era, genialmente (arquitecto él inclusive, y gran arquitecto), lo que hace ya algunos años corría como frase hecha, de ser único (suponiéndolo), a la vez, ciudadano de todos los países y contemporáneo de todos los tiempos.

Precisamente el culto Isíaco es todo concentración, aislamiento, introinspección, preocupación moral y afán de merecer vida perduradera, ultra la muerte: mira, pues, íntimamente a la cuenta de cada cual. Es algo como el ascetismo cristiano, pero antes de la letra cristiana. Es cual un ensayo y como ensayo de cálculo aproximativo de lo que después será la devoción cristiana; es un misticismo que fué anunciador de otros infinitamente más perduraderos misticismos, finalmente.

Antes que de la Isis y el Serapis, de la época romana o de la época ptolemaica misma, remontémonos a la verdadera época de los auténticos Faraones, y ya aún, no de Serapis, sino de Osiris y de Isis, consideremos su historia: ésta trascendental, trascendente al mundo Antiguo. Artísticamente pasemos, remontando los siglos antiguos de las estatuas del tiempo ptolemaico o romano, a las más auténticamente egipcias: de Osiris y de Isis.

El Museo Arqueológico Nacional de Madrid tiene dos de ellas, íntegras y absolutamente características, aunque pequeñas. Ambas son sedentes, envaradas, rectiliniadas las actitudes: solemnes, severas y de absoluta frontalidad, y de tiesura: y de ritmo de toda masa y todos los miembros.

El dios, el varón, aprieta las manos al cuerpo, las que levantan sobre el pecho los dos no tanto símbolos, sino instrumentos del poder judicial de ultratumba: el cetro (cayado de pastor de ovejas) y el látigo de largas varetas (que era en Egipto el de los pastores de mansas vacas y bueyes). Sobre la cabeza, la alargadísima tiara rotunda ovoidea («corona» del alto Egipto), con (a uno y otro lado) las que parecen dos plumas de grande ave.

Ella, la diosa, en lo racialmente egipcio, se la representa con vestido ceñidísimo sin pliegues, tocada del cuerpo y la cabeza de ave, cayentes las alas, y encima dos cuernos de vaca egipcia en bifurcación, con sol entre ellos, y (a tratarse de pintura) pequeño trono sobre su disco.

Antes de verlos, particularmente a él, como se le ve en esta estatua, como Juez de los muertos, a lo subterráqueo, y allí también, y no menos entronizada, a Isis, haciendo la pareja, las creencias egipcias les suponían a ambos una primera vida terráquea, llena de virtud y bien trágicamente cortada en flor.

Los modernos rebuscadores eruditos de la Historia de los Mitos nos dirán algo que llamaré prehistorietas de Osiris e Isis, hermanos y esposos. Dícenme (y yo me reduzco a repetirlo) que Osiris fué en un principio la personificación del Nilo, y ella, Isis, la de la única tierra llana del Egipto, el Delta: la feracísima tierra de los aluviones del río, y sólo por el río hecha, y (a riego gratuito) uno de los dos lugares más feraces y más ricos del planeta (el otro, el de Mesopotamia). Sin lluvias (hasta de reciente desconocidas, y aun ahora rarísimas), atravesando desierto pétreo, sólo el agua, de lejanísimas tierras arrastrada, da al país la fácil abundantísima riqueza: desde hace varios, muchos, miles de años. Tales Osiris e Isis tenían, sobre los dioses (dios y diosa) de cada localidad o distrito,

una nota de extraordinariamente menos localizado lugar, con menos monopolio de devotos en consecuencia. Eran dioses, sí, menos privativos de cada cual de los egipcios, pero un tanto cuanto más comunes a todos. Mas aun, en tales eminencias de lo divinal, cabe aquello que vulgarmente se dice en castellano: «El que mucho abarca poco aprieta.»

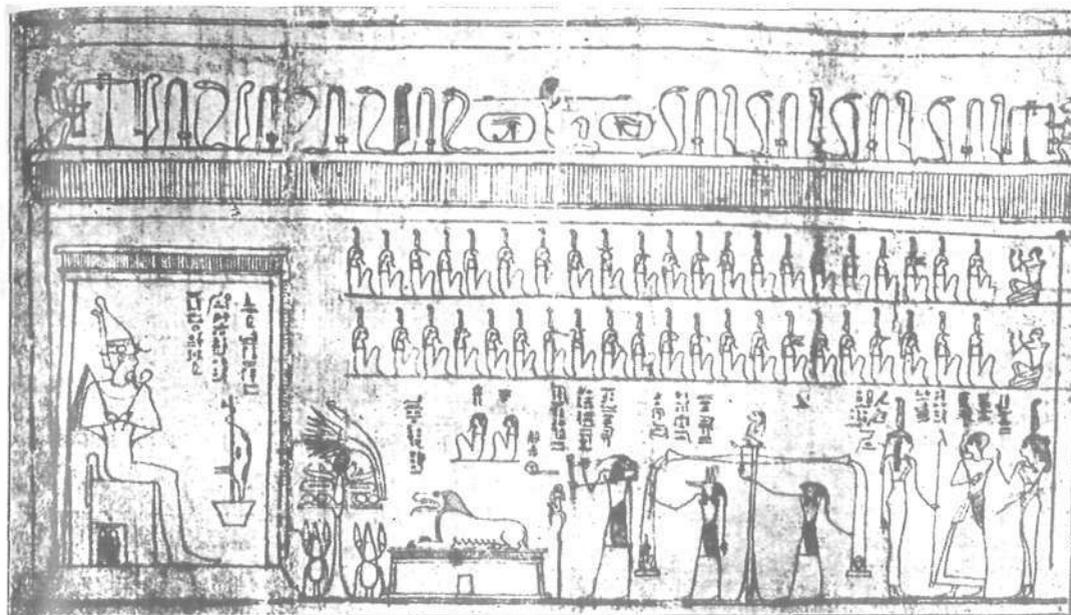
Pero la evolución del culto y la especial Teología correspondiente, tomando la de Heliópolis, nos dirá que Osiris era hijo del gran dios Ra o Atum Ra, y que gobernó la Tierra (entiéndase el Egipto) después del dios Ra; y que hacía reinar por todo la justicia, cuando su pérfido hermano Set, lleno de celos, resolvió matarle. Habiendo su hermana y esposa Isis conocido el propósito, lo desbarataba una vez y otra vez; pero Set acabó un día por cogerle, por meterlo, con engaño, en magnífica caja antropoide (de forma humana) y así lo arrojó al mar y a todos los vientos en tal ataúd encerrado...

Isis, desesperadamente decidida a la ímproba busca, logró encontrarlo, y logró que resucitara; pero, ¡ay!, que resucitara para el otro mundo, en el cual vino a ser el dios, el rey y el juez de los muertos. Mientras que en la tierra, el hijo de Osiris e Isis, póstumo del padre, Horus, destronó a Set y fué Rey (mítico) del Egipto.

Aun en este más abreviado esquema «biográfico», anótase una mantenida virtud en Osiris, una enérgica y como sobrehumana virtud en la esposa Isis. (Nótese, para evitar objeciones, que las nupcias entre hermanos era en las Mitologías lícito y sin reparo; y aun entre los humanos, los Ptolomeos dieron ejemplos de tales enlaces: Ptolomeo, llamado «Filadelfo», por amor, su gran amor, a su esposa y hermana.)

En el Egipto, por justo Osiris, por bueno, por su gobierno inmaculado y por su pasión y su muerte, creyeron a Osiris prototipo de la Justicia, y así se le adjudicó por la fe de todos, aun en la vida después de la muerte, el cargo de juez universal de méritos y deméritos, de vicios y virtudes.

La obsesión egipcia del juicio final de cada hombre



C

- A. — Pintura egipcia del *Libro de los Muertos*, de papyrus del Vaticano (dinastía XXVI de Sais, en el Delta, siglo VIII o VII).
- B. — Isis sedente, estatuilla egipcia (saítica, también?) en piedra negra. Museo Arqueológico. Madrid.
- C. — Isis (Museo del Prado), procedente de Roma (siglo III? d. C.).

vino a ser tan general, que la escena del juicio de cada uno, ultratumba, constituye el tema pictórico del que más ejemplares se conocen, todos ellos pintados (o dibujados a color, al menos) en los papiros, del texto del *Libro de los Muertos*. Los poderosos, los ricos, habían de llevar en su féretro un ejemplar, más o menos íntegro o completo, del *Libro de los Muertos*. Y así, en muchos sepulcros, se nos han encontrado, y ahora enriquecen y enorgullecen a aquellos Museos y Bibliotecas que han logrado poseer alguno o algunos. En cuanto a la escena pintada en el capítulo 125 de tal libro, que es el del trance más importante y decisivo de la muerte para allá, es ésta la pintura más cuidada y también la más sometida al texto, y es artísticamente la más característica del Arte egipcio: aunque lejos del mérito de aquellas otras pinturas, las de templos y de sepulcros, con las escenas de la vida mortal sobre la tierra: en éstas, a veces, dentro del hieratismo y los convencionalismos, con frescura de inspiración y con gracia en el dibujo.

De una de esas, en el fondo iguales, escenas del Juicio del muerto por el tribunal de Osiris, pensé dar aquí en Madrid, y cuando daba mis conferencias, una conveniente y oportuna explicación. Pensaba yo en que al volverse a abrir más salas del Museo Arqueológico Nacional, se restablecería la gran Sala egipcia, la que, por regalo de uno de los últimos khedives, tenía muchos sarcófagos, y momias, y toda suerte de piezas, acompañando a las dichas estatuillas. Porque a idea de don José Ramón Mélida (el más entusiasta populizador de las enseñanzas arqueológicas en Madrid, ¡con serle tan rebelde su tartamudez!), su hermano, el pintor Enrique Mélida, decoró la sala a estilo egipcio, y reprodujo, monumental, una escena, la del capítulo 125 precisamente, del *Libro de los Muertos*. Pero escribiendo estaba yo algo de estos párrafos, cuando fui a ver cómo andaba la Sala, y resulta que ya no subsiste, arrancada la pintura mural de ella, que está, además, el ambiente aquel lleno de amontonados objetos: y que ya se ha decretado... ¡que no vuelva a haber especial Sala egipcia!

Ahora pues, con mayor conveniencia, pero de otra manera, daré con este texto una reproducción de una de las maneras auténticas de representar los pintores miniaturistas del antiguo Egipto, la escena para los egipcios (piadosos o no) más absolutamente trascendental: la del Juicio final de cada uno de los humanos.

Bien o mal, en varios libros, llego a tener a la vista, al escribir, media docena de, distintas pero similares, composiciones.

No olvide el lector que hemos remontado muchos siglos desde las estatuas, al fin grecorromanas, aunque egipcias, de las Isis de Burgos y Valladolid. No sólo no son, como éstas, de tiempos del imperio romano, sino tampoco de los tiempos anteriores, de los ptolomeos; ni aun de los algo más anteriores de la llamada época saítica (de las dinastías últimas auténticas).

Tengo a la vista, a la vez, para comparación, reproducciones en fotograbados, de la escena del Juicio del Alma: 1º, del papyrus, del Museo Egipcio del Vaticano, que es el de Nes-Kem (de la XXVI dinastía); 2º, del Códice del British Museum, papyrus, y 3º, del papyrus de los Muertos del Museo de Berlín.

El más completo como texto del *Libro de los Muertos*, es otro, el del Museo de Turín, del que no tengo reproducción de la escena del Juicio, la capital en cada uno de ellos.

De los tres que llamaré cuadros que puedo comparar, diré que el número de personajes en primer término (dioses o bien humanos) es de doce, que parecen ocho en el British, siete en el Vaticano y once en el de Berlín, sin contar con el animalazo cinocéfalo, bestia salvaje, mamífero hembra, repetida en los tres cuadros, aunque en distinta postura y lugar, un como cocodrilo o hipopótamo sin cola, que será la diosa Toeris.

El principal es Osiris: en trono a un extremo, y en edículo (salvo en el de Berlín). Siempre cargada la cabeza de la altísima blanca tiara ovoidea (prolongada en bola pequeña), y en las manos el cetro (cayado) y el azote. A su inmediación (de distintas maneras), la planta o mejor la flor de

loto; pero sobre ella (y faltan en el Vaticano) las cuatro divinidades, cual estatuillas, que luego diremos.

Céntrica (más o menos) está siempre la monumental balanza de pesar vicio y virtud, de altura considerable: en uno de los platillos, un «ab», que es el corazón (con los meros arranques de dos venas y dos arterias, pero puestos en cruz) o la figurita del muerto; y en el otro, un «a» (que es cual pluma) o un «ma», figurita en cuclillas, pero con el «a» sobre la cabeza enhiesto.

Sirven la balanza dos divinidades (una sola en el British): Anubis, con cabeza de chacal, y una deidad maléfica con el largo incensario (cual alargado antebrazo horizontal). Anotará el resultado: éste es *Thot*, el de menudísima cabeza de ibis y con largo, estrecho corvo, pico.

A la parte más opuesta a la de Osiris, una como ceremonia de la introducción del que va a ser juzgado; lo reciben dos divinidades: y en diálogo entre sí en los casos de ser tres las figuras.

En alto friso, cual en uno o en dos largos estantes o pisitos altos, dibujados menudamente y en puro esquema, una o dos filas de personajes sentados al suelo escuchando (todos en una dirección) a otro que cara a ellos y semiarrodillado (semisentado al suelo) les habla: los tales que diré «jurados» del divino tribunal son 14 en el British, 26 en Berlín y 42 (21 + 21) en las dos que diré alacenas del papiro Vaticano: 42 habrían de pintarse acomodándose al texto, que da esa cifra: precisamente.

Más en alto, nada ya en el papiro de Berlín, pero sí en los otros dos papiros; en éstos se ve un como friso amplio, sin decoración, y una como cornisa: en el friso, una serie de plumas de avestruz entre unos Ureos y unos como látigos, y aun a los extremos, balanzas, similares a la dicha, y con cinocéfalos (?) que las guardan: uno a cada una.

Abajo, y por las paredes, muchos jeroglíficos: el texto del capítulo 125.

Todo esto dicho en términos vulgares, es lo que Marucchi en términos doctos, describiendo la escena del Vaticano (la misma de la viñeta), lo define así:

«Se ve aquí el gran cuadro del capítulo 125 del *Libro de los Muertos*, que tiene por título el siguiente: «Capítulo de entrar en la sala de la verdad y de separar al hombre de sus pecados a fin de que pueda ver la faz de los dioses.» El cuadro representa la *gran sala del tribunal de Osiris*, donde ha de tener lugar el juicio del alma del difunto.»

«A izquierda [en ese ejemplar, como también en el de Berlín: en otros, todo trastocado de izquierda a derecha] se ve al dios Osiris sentado en su trono, teniendo el cetro y el azote.» La corta inscripción jeroglífica dice: «Osiris, dios bueno, señor de la vida, dios grande, rey eterno, viviente, en la región de Set-aker, que reside en el Amenti, señor de Abydos [lugar terrestre y uno de los de más culto], rey de la eternidad.»

«La parte superior de la Sala del tribunal de Osiris está decorada de figuras simbólicas y de las imágenes de los 42 asesores [no se pintaron tantos siempre: como fuera de ritual], los que deberán juzgar, con el gran dios, el alma del difunto, quien está representado de rodillas ante la serie de esas divinidades [y de nuevo al centro del otro friso más alto, arrodillado; y aquí horizontales los dos brazos, teniendo por bajo de ellos dos carteles con sendos ojos grandes].

«Abajo se ve al difunto, indicado por su nombre [Fulano, hijo de Zutano], que entra en la Sala acompañado por *Ma*, diosa de la Justicia.»

«En medio de la Sala está colocada la balanza, sobre la cual se han de pesar las acciones del difunto y ver si el corazón logra equilibrio con la justicia. Sobre la figura de *Anubis* [cabeza de *chacal*], que está a la balanza, se lee: «El que está en la Sala divina dice: El corazón hace equilibrio, la balanza está colmada por el difunto Fulano.» Osiris, sentado sobre su trono, pronuncia la sentencia, que es registrada por *Tot*, diciendo: *Que el corazón del difunto sea reintegrado a su propio lugar*».

Hasta aquí el texto de *Marucchi*.

El cetro de Osiris es un cayado de pastor, y el azote o látigo, un palo con largas correas o cuerdas, de los que

usaban los pastores de ganado mayor. Y en varias de estas pinturas, inmediato a uno de los platillos de la balanza, la del «a», se ve clavado, del todo perpendicular, en el suelo, otro cayado de los de pastor de ovejas, sobre cuyo retorcido al alto está equilibradamente sentadito un hombrecito, que en la diestra (horizontalísimo brazo y antebrazo) presenta un incensario egipcio (cazoleta al extremo de largo metálico brazo horizontal), y que tiene en la mano del recogido brazo siniestro otro también diminuto azote.

Al ingreso, en la escena, en los papiros de Berlín y del Vaticano (y no en el de Londres), recibe a la diosa *Ma* y a la acompañada por ella, otra tercera diosa, que es *Isis*, la esposa de Osiris, llevando en su siniestra mano una absolutamente vertical larga fina vara, que es el cetro.

No sé descifrar algo puesto dentro del lugar del trono y de Osiris, como suspenso en el aire por alto. Es como una maceta acampanada, del centro de la cual sale tiesa una vara perpendicular, y de ésta pende una hinchada piel, un cuero hinchado, un cuero de un cuadrúpedo sin patas ni cabeza y con cola: y la piel a manchones grandes. Es otro de los detalles que falta en la miniatura del Museo Británico.

La bestia viva, cinocéfalo, cuadrúpedo, cocodrilo mal hecho, hembra de muchos pezones de mamas y de poderosos dientes y entreabierta la boca, aparece sobre un pedestal alargado (que parece casa monumental) en pie o sentada cual perra; en el ejemplar del Británico está, en cambio, sobre el suelo, bajo de la gran balanza y volviendo la terrible cabeza. De otras bestias fieras, cual cinocéfalos, se ven dos, a uno y a otro de los dos extremos, en el más alto friso, y además, uno pequeño sentadico sobre el fiel de la balanza monumental de la gran escena principal.

Sobre la colosal abierta flor de loto (acompañada de capullos) las cuatro figuritas, cual estatuítas, mirando a Osiris, se ven en fila (unos detrás de otros), los que creo que son los nietos de Osiris, hijos de Horus-Harpócrates: con cabeza de hombre, *Maerta* (?); con la de cinocéfalo,

Hapi; con la de halcón, Kebesnuf, y con la de chacal, Tuamutet.

Y no se ve más, y no es poco: en la escena, en la que no se intentó siquiera el menor atisbo de perspectiva desde un solo punto de vista, subsistiendo en consecuencia tantos puntos de vista como figuras, y aun como partes de figura: el pie, por ejemplo, se ve cual si el punto de vista del espectador estuviera a la misma altura que el piso. Todas las cabezas se ven de perfil, como las piernas; de frente, en cambio, el torso o pecho: salvo algunas excepciones en lo pequeño, pues la escala de los personajes obedece a diversa entidad; la mayor, la de Osiris; menores, y de dos proporciones distintas o de tres, las otras divinidades, etc.

Tal es la composición pictórica más importante, la más complicada, la más repetida a la vez, de la pintura del antiguo Egipto. Claro que pintada a color dado en plano, sin la menor indicación de claroscuros ni de matices.

¡Con tan escasos atisbos en el texto del Antiguo Testamento, salvo en los Macabeos (libros, los menos antiguos), véase en el Egipto la enorme entidad de precedente del dogma cristiano, del «Credo»: *Expecto resurrectionem mortuorum et vitam venturi saeculi. Amen!*

Desde el período ptolemaico extiéndese por fuera del Egipto la particular religión egipcia de Isis y la de Serapis, que ptolemaicamente, y al menos en cuanto a la expansión en el extranjero, sustituye del todo al Osiris egipcio. En éste, en el país de origen y los siglos anteriores, Osiris significa más que Isis. Desde entonces, desde los Ptolomeos y fuera del Egipto histórico y auténtico (que no lo es Alejandría, ciertamente), Isis significa la deidad principal, todavía más que el recién nacido o recién creado o recién metamorfoseado Serapis. Ha ido adquiriendo ella (incluso su leyenda, que diré biográfica) notas mucho más acusadas. Desde luego con eco, con gran eco, en la Literatura griega y la romana, con ser diosa egipcia. Se-

rapis es en egipcio Asarapi, juntando los Ptolomeos la divina palabra de Osiris (asar), a la del mítico buey Apis.

Diódoros de Sicilia, el historiador griego del tiempo de Julio César y de Octavio Augusto, en sus cuarenta «libros» de Historia Universal, «Biblioteca Histórica», hasta el año 60 antes de nuestra Era, ya remontó al origen de la diosa Isis como la inventora del hallazgo del trigo y la cebada: relatando los primitivos cultos al día de la siega, especificándolos. Después, en la Literatura Clásica también, serán otros famosos escritores, no egipcios tampoco, los que nos informarán de lo isíaco, aunque no de los misterios isíacos, que era grave pecado publicar, y que en realidad los desconocemos casi del todo. El uno, el historiador, también griego, Plouzarjos, contemporáneo de los Emperadores Flavios (nació por el año 40 de nuestra Era y murió por el 120 en Jaironea, su patria, Beocia), y el brillante escritor griego asiático Lukianos de Samosata (Siria), iniciado en los misterios de Isis, nos relatan algo del culto, mas nada de lo secreto de ellos: nada de los misterios.

El trabajo de Plouzarjos es especial de su tema: sobre Isis y Osiris; su título en griego, de esas cuatro palabras, suena así: «Peri Ísidos kai Osíridos».

Espiritualizada todavía más aún Isis, vino desde luego a encarnar la fidelidad conyugal y el total afecto de madre, con su marido y con su hijo Horus: quien después, a la griega trasformada la palabra egipcia, vendrá en llamarse «Harpócrates». Y así, la diosa viene a distinguirse de las divinidades asiáticas, licenciosas y corrompidas: guarda Isis una notable nota de pureza. Su amor por el esposo, Osiris, sufre las pruebas más crueles.

Asesinado Osiris por su pérfido hermano Seth, y su cuerpo y sarcófago, maravilloso, abandonado a la corriente del Nilo, al saberlo Isis, corta los mechones de su cabello, vístese de luto y corre a la rebusca. Una tarde, entre las marismas del Delta fluvial, entre las varas de los papiros de las aguas bajas, al acabar de resucitar a un niño, muerto de picada de escorpión, da ella a luz al que fué su.

único hijo Horus, el que ella había concebido cuando volaba (convertida en halcón, a la búsqueda del cadáver del esposo). Después, habiendo sabido que el sarcófago flotante de Osiris había recalado en Byblos (Siria), allá corre; llégase allá. Pero al haber de atender al niño al pecho, el infame cuñado (y a la vez hermano), Seht, destroza el cadáver de Osiris, y los catorce fragmentos los esparce en otros tantos entre sí lejanos lugares. Isis, llena de pena, porfía a la desesperada en las rebuscas y los va enterrando. Pero sus lamentaciones desesperadas conmueven al Dios-Sol Ra, que junta los restos y resucita el cadáver, y hace de Osiris, bajo la Tierra, rey y juez de todos los muertos en lo Inferno (en lo subterráneo).

No vemos a Isis en lo subterráneo (Infierno) (ya lo hemos notado) asentada en el trono junto a Osiris, cual en lo griego y romano a la esposa de Plutón, la por éste raptada Persefóne (Proserpina, la hija de Céres, de Deméter). Pero interviene Isis, recibiendo a cada muerto, a cualquier muerto, como ya lo hemos visto.

Pero en algunos de los repetidos «cuadros» en papiro del *Libro de los Muertos* egipcio, la vemos representada en pie, precisamente a la extremidad opuesta a la del trono de Osiris, recibiendo majestáticamente al muerto (al que acompaña *Ma*, la diosa de la Justicia). Isis (véase en el papyrus de Berlín) lleva en la siniestra vertical finísima larga vara de cetro, cuando la diestra caída sostiene el símbolo egipcio de la vida inmortal, la cruz ansata (o cruz egipcia-cristiana: la de tres brazos y asa sobre ellos); la diosa Isis, delgada, ceñidísima, y sobre el tocado la... plumazón de halcón y la cabeza del mismo, si no es la del buitre, que a veces la caracteriza.

La Humanidad pagana, primero la egipcia, mas luego la de Oriente y Occidente, buscó afanosamente, y para en su día buscó cada cual, el favor de la Soberana de la Subtierra, introductora al Juicio del Alma ante el Tribunal de Osiris: así se explica la propagación del misticismo isíaco en todos los países del Imperio Romano. Es, pues, toda la

Religión Isíaca, aunque con mentida Mitología, una verdadera religión de virtud, una convicción y preocupación del todo virtuosas, un imponente afán de pureza ética en suma.

Cuando el Egipto ptolemaico crea en sustitución del Osiris puro el Serapis de los Ptomeos, desde el I de éstos, el culto de Isis halló un camino real de expansión por todos los países del Mediterráneo, juntamente con el Osiris-Serapis, pero con extraordinaria mayor facilidad y eficacia en el culto personal de Isis. Ya en los siglos VII y VI, antes de Cristo, las imágenes de Isis habían aparecido en Italia: en Etruria y el Lacio; pero tras de las conquistas macedónicas comienza de verdad la expansión caudalosa del culto de Isis. Por el año 350 antes de la Era, Atenas autoriza un templo de Isis en el puerto, el Pireo y bajo Ptolomeo Sóter (306-283) se funda un Serapion al pie de la misma acrópolis ateniense... Del siglo III nos consta que Isis y Osiris tenían culto en la Rodas isleña, en la Antioquía de Siria, en la Smyrna del Asia Menor, en la helénica Beocia. En el siglo II, en la mismísima isla apolínea de Delos; también en Tesalia, en Macedonia, en Tracia, la amplia península balcánica. Pero también en Occidente. Agazó-kles, el famoso Tirano de *Sirakusa* (nació en 361; murió en 289 antes de Cristo), la introdujo en Sicilia, al casarse con la hija de Ptolomeo I. De allí se dice que saltó la devoción y el culto a Roma, aun luchando con el Senado de la República, como después con Augusto y con Tiberio, los primeros Emperadores: pero ya no con el tercero.

Calígula deja libre el culto Isíaco, y muy luego la Corte imperial y la alta Sociedad romana, y hasta los días de los Emperadores cristianos (siglo IV), dióse a las devociones Isíacas. Y claro que por ese camino llegó a las Galias, y acaso a España: que pudo recibirla directamente y más llanamente por las vías marítimas: En Francia, en un cementerio de legionarios romanos desenterrado en Trévoux (departamento del Ain, Saboya), son en gran número los enterrados que proclaman su religión isíaca en las inscripciones. En esa zona de las cuencas del Saona y el Ródano, hanse hallado muchas estatuillas de Isis, pero no de arte

egipcio, sino romano. ¡Cuánto extraña, con todo, que los tratados de Mitología griega y romana (a la mano uso uno francés y otro alemán) prescindan de Isis, como de Osiris y de Serapis, y sin la menor explicación! No son egipcios, sino helénico-siciliota y helénico-sirio, y son los dos súbditos y ciudadanos romanos, los ya citados escritores, que se alargan y se extreman, diciendo *Plouzarjos* que Isis es «el pasado, y el presente y el porvenir», y *Apuleyos*, que es «la naturaleza madre de las cosas, gobernadora de los elementos, y la nacida en el origen de los siglos», acabando con que ella (Isis) es, y ella sola es todo; en latín, *una quae est omnia*.

La extremización de la devoción isíaca, una de las más reservadas del paganismo, pero de las más cordiales y eficaces, llevó, en inesperada revelación sobrevenida, a tenerla por virgen, virgen y madre: precursora (digámoslo así) de la realidad cristiana de la Virgen Madre de Dios, María Santísima. Ya en lo dicho antes se pudo ver la concepción de Horus-Harpócrates en su seno, pero cuando ella volaba convertida en halcón y a la busca del cadáver del hermano y esposo: presuponiéndose un trato fraternal con Osiris, que no propiamente, no cumplidamente, marital. Pero otra todavía más extraña, extrañísima fórmula, se dió, tardíamente también: la de que la madre común, una diosa, había concebido de un dios no menos de cinco hijos en un solo embarazo (Osiris, Isis, Seth y otros dos), los cinco que precisamente vinieron a nacer escalonados en los cinco días que sobaban en el año egipcio primitivo para igualarlo con el año solar; y que Osiris e Isis, antes de nacer a la vida, en el vientre de la madre (ambos), engendró Osiris y concibió Isis, al que iba a ser Horus (Harpócrates). Y he aquí el caso místico de una Diosa Virgen y Madre, y ya como esposa, virginal, y honda y heroicamente enamoradísima de Osiris en vida, y después de la muerte del hermano y marido.

Ignorando, como ignoramos, la parte mística o reservadísima de la devoción isíaca en sus Misterios míticos, pues ni Apuleyos, ni Plouzarkos, ni ninguno de los inicia-

dos nos la ha revelado, tengo para mí que parte céntrica de los mismos habría de ser la revelación del misterioso único contacto sexual en el útero de la madre, cual nupcia vegetal inconsciente, contacto externo cual el botánico de polvo de estambre en pistilo.

Pero, fuera o no fuera cual yo lo pienso, ¿qué más misterio que el histórico portento de una religión pagana purísima entre los griegos y los romanos?, ¿y entre los asiáticos?, ...: los pueblos de aquellas Mitologías y aquellas costumbres henchidas de vicios, singularmente de los vicios de toda sensualidad, desbordada en inverosímil e inverecunda inundación en el paganismo de los siglos del Imperio romano.

El culto de Isis en el Imperio romano ofreció notas varias, de diferenciación clara con los otros cultos del Paganismo. En cada templo isíaco, sus sacerdotes no eran otra cosa que sacerdotes. En cada uno de los lugares, con jerarquía que diremos eclesiástica, un gran sacerdote, más unos «prophetas» instructores, unas «stolistas», adornadoras, vestidoras y cuidadoras de la «imagen», y los «pastóforos», que en las procesiones (por fuerza interiores) llevan, al uso egipcio, cada una una estatua con una capillita que la contiene. Diariamente, al alba, se descubría en los templos de Isis la imagen, y al caer la tarde era la reserva. Fiestas principales, las fiestas en relación con la vida de sus dioses: al solsticio de invierno, la de la Natividad de Horus (Harpócrates); hacia el equinoccio de la primavera, la de la Encarnación, coincidiendo con el despertar de la Naturaleza y el reemprender la navegación (fiesta del «Navigium Isis»), celebrada con gran procesión. En otoño, las fiestas también solemnísimas (12 a 14 de noviembre), y que eran las principales, conmemorando la busca y, a los dos días, el hallazgo de las partes del cuerpo de Osiris: este día tercero, con extraordinarias manifestaciones de alegría por su resurrección.

Pero todo esto era el culto público: público, pero en siglos, en Roma y Occidente, sólo dentro de sagrado. Pero además, existían los reservadísimos Misterios, y la precisa,

larga, difícil, Iniciación: la que privilegiaba al adepto para una nueva vida futura y feliz de ultratumba. El noviciado era estrechísimo; y antes de llegar al «bautismo», y apurándose por hacer méritos para ello, había quien necesitaba hasta diez, y hasta doce, y hasta dieciséis años de perseguirlo, con abstinencias repetidas o ayunos al final. El secreto de la iniciación de los neófitos, y sobre todo el juramento de no revelar lo que veían los iniciados, fué de tal rigor y asiento, que son los misterios de Isis los que no nos han dejado en la Literatura relato ninguno. Aun tampoco la pintura, una de Herculano (que yo recuerdo bien), nos intriga, pero no nos explica lo que vemos en ella. El «Lucios» de Apuleyos, aun contando algo, nada en realidad nos revela. Sábese sólo que las supremas revelaciones eran casi mudas, mostrando no sabemos qué objetos o qué pinturas, o qué esculturas, ni a qué clase de luz. En el único Iseo que arquitectónicamente conocemos bien, el de Pompeya, el templo no es tan grande como lo es la sala de reuniones, y en aquél había cripta, donde presumo que serían las iniciaciones, y donde se guardaría todo lo secreto, para los profanos absolutamente invisible.

En la pintura mural procedente de Herculano, vemos actos procesionales en patio al aire libre, entre esfinges, entre palmeras, y ante ceremonias de fuego, de lumbre: destácanse quien atiende a ella y quien al parecer predica, y quien lleva las cosas misteriosas; éste entre un varón y una mujer, sus hieráticos asistentes; el resto, en dos alineaciones, son casi medio centenar de afiliados de ambos sexos, todos en pie (menos dos músicos instrumentistas).

Lo que de estos difíciles rebuscos viene uno a alcanzar es una nota final: al menos definidora de una suprema singularidad dentro del paganismo. Es un culto, el isíaco, muy otra cosa que la casi totalidad de los cultos paganos. Es de profunda seriedad, de rigor moral, y en realidad ascético; es religión de escrúpulos éticos, de emoción personal: ésta trascendental, trascendente de esta vida terrera a otra vida, al más allá de la muerte, y por méritos más acá de la

muerte afanosamente procurados; precisamente resplandece entre fábulas y entre errores, un ideal humano de virtudes, de pureza, de sacrificio anímico.

Y entre absurdas creencias, una idea alta, muy eminente, de lo divino. En la proyección al alto de aquellas creencias, no se conmemora nada que no sea puro, que no sea virtuoso, y con sacrificio, con dolorosa pasión, con injusta muerte; y con santo lazo de castos esposos, y con los lazos santos de la maternidad. Todo es mito; pero todo es místico, además de ser todo ascético. Los númenes inspiradores son uno y una: uno que, buenísimo, sufrió muerte cruel; pero luego mereció la resurrección; y una, a la cual, excediéndose de todo límite de los del paganismo, llegó el devoto del culto de Isis hasta a tenerla por virgen siendo madre: parzenogénesis.

Aparte lo que llamaremos «dogmático», y tomando lo isíaco como vagamente y en conjunto, diré que en histórica trayectoria, ¿cómo no pensar que preparó y que facilitó por todos los países mediterránicos, esto es, por todo el romano Imperio, los caminos y los corazones con los hábitos de virtud, de ascetismo y de finalidad mística que habían de facilitar el arraigo de la salvadora Revelación cristiana?

Las rutas marítimas y las peninsulares e insulares, y aun las continentales mismas del Mediterráneo, las recorrieron, antes que los propagadores de la verdad cristiana, los propagadores de la religión isíaca, pues esta propaganda (comenzada de antes) acrecentó su infiltración desde el Egipto en los tiempos de los Ptolomeos, siglos anteriores pero ya inmediatos a la Era de Cristo. Ya en la nueva era, los restantes siglos de la Antigüedad los recorrieron los unos y los otros, sin el mínimo enlace entre sí, pero creeré yo que providencialmente paralelos.

A quien extrañe esta mía última frase, le recordaré otra, una bien conocida (referente a otro, ciertamente menos evidente, paralelismo). No es de Tomás de Celano (como se creía), pero porque es, en lo esencial, de algunos siglos más antiguo, el canto de la Iglesia Católica (uno de

los insignes en mérito de la Literatura Sacra), el del *Dies irae*... Pues bien; es *himno* o *sequentia*, o lo que sea (pues no se sabe su inicial destinación), el que comienza con la estrofa, de tres versos, siguiente: *Dies irae, dies illa—solvet seclum in favilla — testet Dávid cum Sibilla*; y lo traigo aquí a colación para prueba (entre tantos) de una extraña pero indiscutible equiparación sacra de profetas y las sibilas; recuérdese si no (además) el techo de la Sixtina de Miguel Angel, cuyas máximas figuras son las sedentes, y a igualdad de rango, profetas del Antiguo Testamento y sibilas de las antiguas paganías: las que la Edad Media litúrgica equiparaba en algún modo, y la Liturgia mortuoria todavía las equipara con el *testet Dávid* (el rey profeta de los Salmos) *cum Sibilla*.

Finalmente: singularmente, singularísimamente, lo más sorprendente es la aproximación de la religión isfaca al supremo ideal de pureza, virtud y sacrificio de una diosa-madre, y por los fieles de aquella rarísima religión, hasta, afanosamente, recayendo en una idea altísima de la maternidad virginal.

En España, conste que de los tres primeros siglos de la Era Cristiana, muchos más, muchísimos más testimonios (epigráficos, artísticos, literarios) nos quedan del culto de Isis que del culto cristiano. Y sin embargo, apenas llegado el siglo de la paz de la iglesia, cuando ya desaparecido el de Isis, y sin noticia de lucha, es España país de cristianización arraigadísima y luego general. Yo puedo creer que en nuestra península, acaso más que en parte alguna, Isis preanunció, aunque confusa y mentidamente, esperanzas mesiánicas, que luego se vieron logradas en la sacra fe de Cristo y en la santa devoción mariana.

Todo lo que llevo dicho, redactado como de un tirón en dos días, aunque después de pensado y dicho en dos conferencias en el Museo del Prado, dichas ante la estatua de Isis, lo he escrito y lo dije de antes sin haber tenido a

A



B



C



D



- A. — Cabeza de Sérapis, hallada en Mérida (en su Museo Arqueológico) (0,26 m.).
 B. — Cabeza de (?) Sérapis, hallada junto al Manzanares, frente a Madrid (en su Museo Municipal). Tamaño pequeño: mármol blanco.
 C y D. — Anubis (cabeza de lobo) y un ibis (Thot); Pastor (Osiris?), halcón (Horus) y toro (Apis). Dos frentes de pedestal de estatua sepulcral. (En el 3º, inscripción isíaca: letra del tiempo de Trajano.) Procedente de Guadix. Mármol blanco (0,76).

(A, C y D, del libro de G.-Moreno-Pijoán, láms. XXVI y XXXV.)

mano el tomo de Menéndez Pelayo de la 2ª edición de los *Heterodoxos*, en que seguramente había de hablar de Isis en España.

Al buscar esa 2ª edición (yo, desde hace más de medio siglo, la que tuve siempre a mano es la 1ª, en la cual no se habla de más heterodoxos que los herejes de nuestro dogma, y no de los paganos), hallo un texto largo (de cinco densas páginas, 496-501), y tan perfecto en lo posible, como propia cosa y privilegio de don Marcelino.

Al leerlo, y con ansia y singular curiosidad hoy, veo que el Maestro querido (cinco o seis cursos asistí a sus clases sin ser alumno suyo sino una vez) agotó, sí, la información epigráfica, pero no le preocupó la monumental, en España misma subsistente. Y resulta ahora que éste mi trabajo y el de Menéndez Pelayo vienen a ser como dos cosas del todo complementarias. Juntas (salvando el lector benévolo la desigualdad de estilo, de inteligencia y de mérito, tan modestos los míos) integran un conjunto, y juntos son un estudio de lo Isíaco en España. Hasta cabría un esquemático mapita de España, en el que en dos colores se localizaran los hallazgos epigráficos y los hallazgos de esculturas, puntos seguros del reguero que se adivina general de la mina mística, aunque idolátrica y fantástica, bien religiosa y devotísima, la de la exquisita paganidad, noble y ética y verdaderamente moralizadora, y esperanzada en otra vida feliz: las notas singulares del culto en España de Isis, Osiris, Serapis y de Harpócrates, esencialmente purificador, esencialmente preocupado de la inmortalidad.

¿Por tradición de familia, de familia seguramente hispano-romana (que no goda)?... No lo sabemos; pero la más alta mentalidad española de los primeros mil años de la España católica, y acaso el mayor de nuestros santos en el milenio, llevaba el nombre de Isidoro: palabra compuesta del griego, que (sin la menor duda) significa «regalo de Isis»... ...¡Ello paréceme un nombre símbolo!: cifra de un cultivo del campo, pero en puro barbecho (labores a

solas dos fechas fructíferas), un cultivo del campo, digo, que en nuestra Península preparó la fertilidad receptiva para la evangelización de España, y para la muy luego arraigadísima devoción mariana: la devoción a la verdadera Virgen-Madre de Cristo, Madre del verdadero Dios y Hombre.

ELÍAS TORMO.

APÉNDICE:

EL TEXTO ÍNTEGRO Y LAS NOTAS DE MENÉNDEZ Y PELAYO

CULTOS EGIPCIOS DE ISIS Y SERAPIS EN LA ESPAÑA ANTIGUA

Lápidas españolas relativas al culto de Isis. Inventario de las alhajas del templo de Guadix. «Sodalicio» de los devotos de Isis en Valencia ¹.

De todas las religiones exóticas, ninguna tuvo tanta importancia en el mundo romano como los cultos egipcios de Isis y Serapis (Osiris). No hay por qué remontarnos a sus orígenes, puesto que la forma en que los conocieron Roma y sus provincias, y antes que ellas el mundo helénistico, era la que habían recibido en el *Serapeum* de Alejandría en tiempo de Tolomeo Soter; forma bastarda sincrética, que adoptó como lengua litúrgica el griego, según lo prueba el himno en honor de Isis grabado en mármol de la isla de Andros, y cuyos misterios llegaron a confundirse con los del paganismo clásico de Ceres y Dionysos ².

¹ De la 2ª ed., t. I de *Heterodoxos*, pp. 496-501.

² Es obra fundamental en esta materia la *Histoire du culte des divinités d'Alexandrie (Serapis, Isis, Harpocrate et Anubis) hors de l'Égypte, depuis les origines jusqu'à la naissance de l'école neoplatonicienne*, de Jorge Lafaye (París, 1884, fasc. 33 de la *Bibliothèque des écoles françaises d'Athènes et de Rome*). Vid. además el artículo «Isis» de Drexler, en el *Lexicon der Mythol.* de Roscher (t. II, pp. 373-548); las ya citadas conferencias de Cumont en el Colegio de Francia en 1905, y el reciente opúsculo de José Burel, *Isis et les Isiaques* (París, 1911), que es precisamente un comentario a la parte de la novela de Apuleyo, que se refiere a los misterios egipcios.

Propagado el culto de Isis por los navegantes y mercaderes alejandrinos en todas las costas de Siria y del Asia Menor, en las islas del Archipiélago y en la Grecia continental, penetró en el Mediodía de Italia, haciendo escala en Sicilia, tuvo templos en Puzol y en Pompeya, y no tardó en llegar a Roma, donde ya había reclutado muchos adeptos en tiempos del dictador Sila, época en que parece haberse fundado el colegio de los *Pastoforos*. El espíritu de la vieja Roma y del sacerdocio oficial se mostró hostil a la invasión de los dioses egipcios. Cuatro veces mandó el Senado, en los años 58, 53, 50 y 48 antes de la Era Cristiana, derribar sus estatuas y demoler sus capillas; y en tiempo de Augusto y de Tiberio sólo se toleró su culto fuera del recinto sagrado del *pomoerium* [las siete colinas]. Todavía Calígula, el primero de los emperadores que protegió abiertamente las religiones orientales, respetó esta limitación topográfica {de ahí que el «Iseo» se situara en el Campo de Marte, extramuros entonces}, cuando en el año 38 [después de Cristo] edificó en el Campo de Marte el gran templo de Isis Campensis, enriquecido después por la magnificencia de Domiciano [y la de Adriano]. Los emperadores Flavios [los hispánicos], los Antoninos, los Severos, rivalizaron en devoción a estos númenes [y a otros también], y en tiempos de Caracalla [un Antonino] (año 215), Isis y Serapis reinaron triunfantes sobre el Quirinal y el Monte Celio. Sólo los *Baalin* de Siria y el persa Mithra, llegaron a sobreponerse a las divinidades de Alejandría durante el siglo III, o a compartir su imperio con ellas.

La invasión de las provincias había sido no menos rápida, y no por mero influjo o remedo de la metrópoli, sino con carácter popular y espontáneo, sobre todo en aquellas regiones como nuestra Iberia, donde eran conocidas de antiguo estas o análogas creencias, importadas por las colonias púnicas y griegas y sostenidas por una constante y numerosa emigración asiática en todos los puertos y emporios del Mediterráneo, por donde penetró al interior, y siguiendo los pasos de las legiones llegó hasta los últimos límites del poder romano, desde la frontera del Sahara

hasta el campo atrincherado de Bretaña, desde el Septentrión de la Tarraconense hasta la desembocadura del Danubio.

Limitándonos a lo que peculiarmente nos concierne, el culto de Isis está atestiguado por inscripciones de *Salacia*, *Bracara Augusta* (2.416) [del Hübner], *Tarragona* (4.080), *Caldas de Mombuy* (4.491), y muy especialmente por las importantísimas de *Guadix* y *Valencia*.

Los datos que resultan de estos epígrafes son instructivos sobremanera. La inscripción de *Braga*, por ejemplo, nos revela que la profesión de este culto no era incompatible con el sacerdocio oficial [y político], puesto que quien dirige sus votos a la diosa es Lucrecia Fida, *Sacerdos perpetua Romae et Augusti*, del convento [la gran provincia] Bracaraugustana. La gran lápida de *Acci* (3.386) contiene el espléndido inventario de las alhajas ofrecidas a la Isis de Guadix por una de sus devotas: «A Isis, patrona de las jóvenes (*Isidi puellari*), ha donado, por mandado del dios del Nilo¹, Fabia Fabiana, hija de Lucio, en honor de Avita, su muy piadosa nieta, un peso de plata de 112 libras y media, dos onzas y media y cinco escrúpulos; además, los siguientes ornamentos:

»Para la diadema de la diosa, seis perlas de dos especies diferentes (*unío y margarita*), dos esmeraldas, siete cilindros, un carbunco, un jacinto y dos ceraunias².

»Para las orejas, dos esmeraldas y dos margaritas.

»Un collar de 36 perlas, 16 esmeraldas y dos margaritas.

»Para las piernas, dos esmeraldas y once cilindros.

»En los brazaletes, ocho esmeraldas y ocho margaritas.

»Para el dedo pequeño, dos anillos de diamantes.

»Para el dedo anular, una sortija con varias esmeraldas y una perla.

¹ Preferimos a la restauración de Hübner en el *Corpus: iussu dei Netonis*, la de Lafaye, *iussu dei Nilotici*. Vid. *Histoire du culte des divinités d'Alexandrie*, p. 136, y antes en el *Bulletin de la Société des antiquaires de France*, t. XXVI, p. 101.

² Betylos o piedras meteóricas (a veces sílices prehistóricas), que se usaban como amuletos.

»Para el dedo de en medio, un anillo con una esmeralda.

»Para las sandalias, ocho cilindros ¹»

De Guadix procede también un epígrafe sepulcral de Julia Calcedónica, devota de Isis, enterrada con sus mejores galas *ornata ut potuit*, con un collar de piedras preciosas, *monile gemmeum*, y veinte esmeraldas en los dedos de la mano derecha (3.387).

Importante también por otras razones es la inscripción descubierta en Valencia en 17 de octubre de 1750 y colocada hoy en uno de los puentes del Turia, que nos da razón de la existencia de una cofradía consagrada a este culto *sodalitium vernarum colentium Isidem* (3.730). Este documento, solitario hasta ahora en nuestra Arqueología, fué ilustrado ya al tiempo de su aparición por el erudito valenciano don Agustín Sales, con crítica y acierto muy superiores a su tiempo ².

Como representación figurada de Isis y Horus, debe considerarse aquella estatua de «Canopo, dios de los egipcios, adorado en Sevilla», de que nos habla Rodrigo Caro, y que ya en su tiempo [siglo XVII, 1ª mitad?] había emigrado a Italia. A lo menos, de la descripción que hace no se infiere otra cosa: «Hallóse la estatua de Canopo en los alcázares reales el año de 1606, siendo alcaide de ellos Joan

¹ Existen fuera de España otros inventarios semejantes: el de los templos de Isis y Bubastis, situados en el lago Nemi, cerca de Roma; el de Nimes, el de Virunum (en la Nórlica). Pero de todos modos son documentos que escasean mucho. Cf. Lafaye, pp. 135 ss.

² *Turiae marmor nuper effosum, sive Dissertatiò Critica de Valentino Sodalitio Vernarum colentium Isidem, auctore Augustino Salesio, Sac. Theol. Doctore, Sacerdote Valentino, Urbis Regniq[ue] Historiographo Valentiae. Apud Josephum Thomam Lucas in platea Comediar. Ann. M.DCCLX.* (Reimpresión en el BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, t. IV, 1884, pp. 115 ss., con algunas notas del P. Fita.)

El doctor Sales reúne con erudición firme y sobria los testimonios clásicos relativos al culto de Isis, comenta las inscripciones españolas que entonces se conocían, y establece con suma claridad la distinción entre los *colegios* y los *sodalitios*.

Gallardo de Céspedes, cavando unas zanjas, a poco más de una vara, donde, a lo que se puede presumir, la escondieron sus devotos cuando los cristianos quebrantaron todos los ídolos de la gentilidad. Es esta estatua de cinco cuartas de alto [tamaño natural], sentada, con ropaje decente, de grave y hermoso rostro. Tiene en su regazo un niño de poca edad, hermoso y risueño, cubierta la cabeza con una capilla de fraile [¿el klaff?] que le descende por las espaldas, los brazos cruzados, el derecho sobre el izquierdo, y en él un azote [propio de Osiris, no tanto del Niño Horus?]. De la cintura abajo metido en una red que le cubre todo, acabando todo el cuerpo en punta, a la manera que los matemáticos figuran el rombo. Tiene la estatua de esta mujer por ambos lados del asiento de arriba abajo, y en la peana donde está sentada, cavados muchos hieroglíficos y caracteres extraños: aves, culebras, flores, varios animales, círculos, triángulos, figuras de cruz y del *tau*. En el pecho tiene un taladro como de un real sencillo, que le pasa a las espaldas, y parece que este ídolo estaba encajado o arriado en algún nicho o pared, porque teniendo en toda la parte delantera excelente escultura y de maestro muy aventajado, con admirable polimento, por las espaldas está la piedra bruta. Yo vi este ídolo muchas veces con admiración de su extrañeza, y lo vió toda Sevilla... Siendo alcaide de los alcázares don Fernando de Céspedes, caballero del hábito de Santiago, teniendo noticia de este ídolo el conde de Monterrey, lo pidió y se llevó a Madrid, y después a Italia (donde se hace justo aprecio de estas antiguallas) con sentimiento de los curiosos de Sevilla, y con poco crédito de la curiosidad española, pues habiendo allá dos de estas estatuas o efigies que representaban el mismo Canopo, que una tenía el Cardenal Pedro Bembo [siglo XVI] y después el duque de Mantua, y otra el cardenal Farnesio [¿cuál de ellos?], estimándolas más que si fueran piedras preciosas, pidieron también ésta y se la llevaron, atreviéndose a nuestra poca atención a las cosas de la antigüedad ¹.

¹ *Memorial Histórico Español*, t. I, pp. 354-358.

Serapis, que no era más que una forma distinta de Osiris, ora fuesen númenes idénticos en su origen, ora se identificasen desde tiempos remotísimos, tiene en España, como en todo el Imperio, numerosas dedicaciones.

Una lápida de *Pax Julia Beja* (en Portugal) está consagrada por Stelina Prisca a *Serapis Pantheo*. En *Ampurias*, cerca del lienzo de muralla ibérica que subsiste aún, se encontró un fragmento de inscripción marmórea, que, restaurado por el P. Fita, dice así: «*Serapi*» *aedem, sedilia, porticus Clymene fieri jussit* ¹. Otra inscripción, que se conservó hasta principios del siglo XVIII en la plaza del Hospital de *Valencia*, es un exvoto dedicado a *Serapis* por la salud de P. Herennio Segobricense (3.731). Todavía hay noticia de otro culto egipcio, o más bien egipcio-líbico en dicha ciudad, el de Júpiter Ammón, si es exacta la interpretación que Hübner hace de una lápida algo controvertible (3.730).

Pero el monumento más curioso de la religión de Serapis en España es la inscripción griega que apareció en 1876 en el pueblo de Quintanilla de Somoza, a tres leguas de Astorga, y que sin fundamento, a nuestro juicio, ha sido considerado como gnóstico. «Es una laja cuadrangular de piedra caliza que representa un templete, coronado por un frontón triangular. Dentro del templete vese una mano derecha con los dedos abiertos y extendidos hacia arriba, mostrando al espectador la palma, y a cada lado del templete, en la parte superior, un círculo rebajado en hueco. En el tímpano se lee: *Eis Zeus Serapis*, y en la palma de la mano, *Iao*; pero sospechamos que esto no es más que parte de la inscripción, pues en los dedos hay trozos como de letras desvanecidas. Mide 0,42 metros de alto por 0,29 de ancho ². Nuestro erudito amigo, ya difunto, el insigne vascófilo Wentworth Webster, hizo notar la casi identidad de este epígrafe con otro greco-egipcio des-

¹ BOLETÍN DE LA ACADEMIA DE LA HISTORIA, t. III, 1883, p. 125. *Templo de Serapis, en Ampurias*.

² *The Academy*, de Londres, mayo de 1889, 343.

cubierto por Mr. Sayce en las canteras de Gebel-el-Tuf. En el sincretismo alejandrino transportado a Roma, Serapis no es una divinidad particular, sino un Dios universal, cuya unidad se afirma enérgicamente: *Eis Zebs Serapis*, que concentra en sí todas las energías y los atributos de Zeus, de Hades y de Helios.

M. M. P.

NOTA: DE COMO ES POSIBLE LA CATALOGACION DE
LOS FRAGMENTADOS MARMOLES ISIACOS

Puede extrañar al lector, que mármoles de figura incompleta, por rotos ellos y perdida parte de sus miembros, puedan catalogarse, y sin titubeos, como representaciones de Isis, o bien de Serapis. Es bien sencilla la explicación por darse una u otra notas inconfundibles.

Así, el «modio» a la cabeza, y aun la sola oquedad para encajarlo, basta (basta y sobra) para decir que la cabeza varonil, barbada, de Mérida, es de un Serapis. Y ella, por comparación del tipo, nos lleva a decir también que es de Serapis la cabeza bien similar de verdad (por el tipo) del Museo Municipal de Madrid, hallada junto al río Manzanares, aguas abajo del puente de la Princesa Mercedes, sin conservarse completo el cráneo. A ninguna otra deidad pagana le cumple tal tocado del modio o kálatos (de diámetro algo menor que el diámetro del cráneo).

En cuanto a las estatuas de Isis que no tengan en las manos las otras características de las Isis de la época romana: el «símpulo» (cucharón escanciador), la «sítula» (pozalito)..., otra inconfundible característica, la del plegado de la ropa en el llamado (bien o mal apellidado) «kalasiris», es nota del todo suficiente para la identificación de la diosa y la consiguiente clasificación de la estatua.

Yo no sabré explicarme bien, porque la estatua del Museo del Prado, instalada (malamente) en alta hornacina de la Sala principal de la Sección de Escultura (la que cae debajo de la Sala de Velázquez: ambas ovaladas), no la he

podido examinar por la espalda, ni aun por sus costados. Creeré que en ellos aparecerá como un amplio y muy fino mantón, antes de vestirlo tomado a plegar por sus puntas: sea así, o no lo sea, la característica de la indumentaria de Isis es que bajan oblicuamente al pecho los pliegues de dos de las puntas y muy alargados; que en lo bajo del pecho se les anuda, y que del nudo sobran mucho de tela del uno y del otro, y que juntos o paralelos caen esas sobrantes perpendiculares hacia abajo. Es decir, que dibujan sobre el torso una figura de Y (de *y* griega), cuyos brazos arriba en aspa o abanico semiplegado y el brazo bajo y perpendicular (en estalactita diré: en doble estalactita), acabando abajo a las dos puntas. A eso (mal que bien) se suele llamar «kalasiris», distintiva de las Isis greco-romanas, a diferencia de las viejas Isis del todo egipcias, aunque «kalasiris» fuera otra cosa.

Calasiris (copiaré del ESPASA). — Arqueología. — «Interpretando mal un texto de Herodoto, afirman algunos que *calasiris* era una vestidura blanca con listas de colores, usada por los antiguos egipcios, cuando sólo las listas de las vestiduras recibían aquel nombre. Por extensión, es posible se aplicara aquel nombre a las vestiduras. Estas eran a modo de faldas sujetas a la cintura, o mejor: un trozo de tela que envolvía caderas y piernas sin ceñirlas, como se ve en los monumentos figurados. Era propia esta vestidura de los sacerdotes, los soldados arqueros y las esclavas. Lo extraño es que aparece en muchas pinturas egipcias siempre blanca y sin listas, en tanto que en esas mismas pinturas se ven telas listadas en las túnicas abiertas y transparentes.» Hasta aquí el mal texto que copio. Pero es lo frecuente llamar *calasiris* a la tan típica indumentaria de la diosa Isis y de sus sacerdotisas.

Mi preocupación por ese detalle de la bien o mal llamada *kalasiris* de Isis, me ha proporcionado una considerable ventaja, la de poder definir otras dos singulares estatuas, nunca descifrado su significado, de las del mismo Museo del Prado. Me refiero a las restantes dos estatuas (egipcio-romanas son) que Hübner, único escritor que las

estudiara (y no los catalogadores de la Escultura del Prado posteriores, ni Barrón, ni Ricard: ni, naturalmente, Sánchez Cantón, que en lo de Escultura resumía tales textos tan sólo), no las definió tampoco.

Las tales dos estatuas son (y por la nota del kalasiris) un sacerdote y una sacerdotisa del culto isíaco: el sexo de la segunda, dudoso para Hübner, y aun para mí todavía. Me abrió los ojos el fresco del culto isíaco de Herculano. De ello trato en otro trabajo mío en prensa para el ya veterano *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, revista en que tanto colaboré y en que todavía colaboro mucho. En ella daré más cumplida información gráfica, de ambas estatuas (de frente y de perfil ambas) y del fresco.

El ara isíaca de Guadix (*Acci* en la Antigüedad), conservada en la «Casa de Pilatos» de Sevilla, va reproducida en el n.º 41º del libro de Gómez-Moreno-Pijoán en dos de sus tres haces: con relieves, en uno, de Anubis, con cabeza de chacal y un ibis al lado, y en otro, con un buey Apis y un (descabezado) pastor sentado.

De uno y otro haces, damos aquí repetida la nota gráfica.

En la baja Edad Media, y aun en el Renacimiento, un tema, originalmente egipcio, debo anotar en la Iconografía cristiana: muy singularmente en el Arte valenciano.

En él es muy notable y de mérito artístico bien singular, la escena del Juicio Final, en la pintura religiosa del siglo XV y del siglo XVI: la serie (¡descabalada por los rojos, cuando aún bastante inédita!) hace años que la quise yo dar, y me fuí retrasando por no tener aún fotografiados todos los retablos que diré finales (Caudete, San Nicolás de Alicante...): cuando ya Mas había fotografiado los más bellos, los de la provincia de Castellón de la Plana y otros de la de Valencia.

Suelen tener, y cual tema principal en el tan complejo conjunto, a San Miguel, céntrico en lo bajo, de mayor tamaño que los humanos, pesando las almas en gran balanza: también en el Arte flamenco del XV, y en tablas de nuestros Museos.

Pues, sin antecedente verdaderamente litúrgico cristiano, ese punto central bajo obedece seguramente a la sugestión, que diremos popular, de la balanza del juicio de Osiris, sustituyendo San Miguel a las divinidades que diré secundarias de ministerio, del juicio del alma del muerto en las pinturas egipcias de la antigüedad. Osiris allá, sentado en el tribunal; Jesús acá, en alto, dictando la respectiva sentencia.

E. T.

NOTAS FINALES

En Atenas y su principal Museo, y procedente del país (a 30 kilómetros al S. E.), se conserva una estela sepulcral de una «Alexandra», con la bella figura de tamaño natural en muy alto relieve, casi bulto redondo de la diosa Isis, de época romana (Conze, CCCCXXIII, I, 963), perdido el brazo diestro y el sistro, conserva el siniestro con la *sítula*; y lleva sobre el jítón (túnica) el himatión, con el *atado en aspa* al pecho y sus colgantes. La letra dice en griego: ... «Alexandra [de Alexandro]», Οἰθὲν πτῆτου γυνή Ἀλεξάνδρα.

La circunstancia de ser estela sepulcral pareceme demostrar que la estatua no sea de la diosa, sino de la sacerdotisa o diaconesa Alexandra, pero vistiendo cual Isis.

En el Louvre (reproducción en Clarac, 995, I-614, Reinach), se ve estatua de Isis, con *abiertas alas cual pegadas a los brazos rectos alargados*, y, sobre la cabeza y su tocado, la cabeza y como cuerpo del simbólico *halcón* de su leyenda; parecía desnuda, pero por lo fino de la muy fina y ceñidísima túnica. El mismo Louvre tiene otra estatua de Isis, cuyas caderas y piernas llevan ceñidísimas las plumas de dos grandes alas, y el torso dejando ver la túnica (Clarac, 306; Reinach, I, 155). Aunque ambas estatuas restauradas, tales notas son, en parte, auténticas.

«Asar» creo que es el nombre de Osiris en la lengua del Egipto. El que a lo occidental, y desde Ptolomeo I, llamóse, no Osiris, sino Sérapis (en griego), Serápis (en latín); en egipcio se dijo antes Aasar-Hap.

Y ya diré, sin tanta necesidad, que Isis en egipcio, desde lo más antiguo, se llamaba Ast.

En el libro, tan conocido, de («Cossío») Pijoán, *Summa Artis: Historia General del Arte*, en el tomo V, principalmente del Arte de la Roma antigua, se pueden ver isíacas las bellas reproducciones de las

pp. 508 a 511: — *Sacerdote de Isis*, del Louvre. — *Los cuatro hieródulos del culto de Isis*, en relieve, del Vaticano. — Relieve del Louvre con *Isis, Serapis y Harpócrates niño*, del Louvre. — *La bella estatua de Isis*, del Vaticano. — *Estatua de Anubis*, del Museo de Terme, Roma. — El texto, sucinto, es bien explicativo también (pp. 509 a 511).

De confirmación, relativa, de lo que era un isíaco, santuario de Isis, según el plano y restos del de Pompeya, puede servirnos el templo de Isis de la isla de Pilae del Nilo, en el extremo Sur del antiguo Egipto. Son de Nejtanebós II las más antiguas cosas de la tal isla, precisamente; pero, salvo su «pabellón», son, las subsistentes, construcciones de los Tolomeos o de los Emperadores romanos: de Trajano (por Adriano), el segundo y mayor de los llamados «pabellones»: del todo columnarios, con cornisas, etc., pero no techados; y están junto al agua (al S. y al S. E. de la pequeña isla). Pero lo principal era el gran conjunto dedicado a Isis, puesto que a él enfilan y conducen las avenidas monumentales rectilíneas.

El Isíaco, con pórticos amplísimos y dependencias amplias, tiene el propiamente llamado templo o sagrario, muy (comparativamente) reducido y con piezas subterráneas, las guardadoras de las cosas misteriosas, las no revelables a los profanos. Es decir, lo mismo que el templo de Isis de Pompeya.

E. T.



1. Guadix. — 2. Huétor (?). — 3. Astapa (por Puente-Genil). — 4. Sevilla. — 5. Béja (Portugal). — 6. Mérida. — 7. Braga (Portugal). — 8. Quintanilla de Somoza (por Astorga). — 9. Valladolid. — 10. Clúnia (Coruña del Conde). — 11. Madrid (Villaverde). — 12. Valencia. — 13. Tarragona. — 14. Caldas de Mombúy. — 15. Ampúrias y 16 [no señalado!.. Reina (prov. Badajoz)].